

de Morelia, de Tampico y de Veracruz; y sus fuerzas divididas en cortas divisiones por todas partes, se reunían para caer de repente sobre el punto que veían débil.

Y mientras liberales y conservadores se preparaban á nuevos y sangrientos combates, el país gemía bajo el peso de las continuas contribuciones y de los empréstitos forzosos impuestos por uno y otro bando; el comercio languidecía, la agricultura se arruinaba, la industria moría, la desmoralización aumentaba, se arruinaba la minería, el trabajo escaseaba, y los Estados fronterizos, sin encontrar auxilio en ninguno de los contendientes, se veían devastados por las hordas de los indios salvajes que incendiaban los pueblos, talaban los campos, llevaban cautivos ó asesinaban á sus habitantes, robaban el ganado y destruían las haciendas.

## CAPITULO VI

Sigue la administración de D. Félix Zuloaga, estando al frente del gobierno D. Miguel Miramon, como presidente sustituto.—Acción en Tuzama favorable á los conservadores.—Cobos respeta la vida de los jefes que cayeron prisioneros.—Derrota el jefe conservador Mejía á D. José Fandiño.—González Ortega manda extraer toda la plata y alhajas que había en la catedral de Durango.—Ataca el guerrillero juarista Rojas el pueblo de San Juan del Teul.—Se apodera de él.—Fusila un número considerable de prisioneros.—Varios hechos de armas favorables á los conservadores.—Derrota el jefe conservador Medina á Rojas, respeta la vida de los prisioneros.—Marcha Miramon á sitiar Veracruz.—Llega la escuadrilla del general conservador Marin á Veracruz.—Intervención de la escuadrilla norte-americana en favor de Juarez.—Sorprende y apresa los dos vaporcitos de Marin.—Levanta Miramon el sitio de Veracruz.—Es derrotado el general juarista González Ortega en Salinas.—Muere en la acción su segundo Sanchez Roman.—Muere en un encuentro el guerrillero juarista D. Mariano Torres.—Se presentan á indulto varios guerrilleros liberales.—Aprueba Miramon el tratado celebrado por Almonte y el plenipotenciario español D. Alejandro Mon.—Derrota el general juarista Uruga en la «Loma del Chino,» al general D. Rómulo Diaz de la Vega.—Cae éste prisionero y con él los genera-



les Hernandez y Calvo.—No fusila Uraga á ningún prisionero.—Levanta el general juarista Rosas Landa el sitio á Oajaca.—D. Félix Zu- loaga da un decreto diciendo que asumía el poder.—Motivos que le impulsaron á dar ese paso.—Le pone preso Miramon y le lleva consigo á campaña.

### 1860.

#### De Enero á Mayo.

1860. El año de 1860 empezó manifestando que  
Enero. no sería menos sangriento que el de 1859 que le había precedido.

El 2 de Enero las fuerzas constitucionalistas, al mando de D. Luis Mejía, á las cuales se habían reunido otras de varios guerrilleros, tuvieron un serio encuentro con las conservadoras del coronel D. Francisco Montaña y del teniente coronel D. Casimiro Acabal, en Tuzamala, rumbo de Oajaca. La acción fué reñida, pero favorable para los conservadores. Los liberales después de haber combatido con valor, se vieron precisados á emprender la fuga, después de haber tenido cuarenta muertos, muchísimos heridos, y dejando en poder de sus contrarios tres cañones, todas sus municiones, cuarenta heridos que no se pudieron llevar, gran número de fusiles, y noventa y siete prisioneros, entre los que se hallaban los jefes, abogado Ojeda, D. Emilio Olivares, comandante D. Miguel Luna, y el capitán D. Tomás Inocencio. Por fortuna D. Marcelino Cobos, que era gobernador y comandante general de Oajaca, respetó la vida de los prisioneros, y la sangre vertida en el

combate no se aumentó con la de los que tuvieron la desgracia de ser vencidos.

Tres días después, el 5, D. Juan Vicario, general conservador que militaba en el Estado del Sur, derrotó en el pueblo de San Gaspar, á las fuerzas juaristas mandadas por D. José Fandiño. La acción empezó á las ocho de la mañana, y terminó á las doce; hora en que se retiraron los liberales dejando muertos sobre el campo, entre considerable número de soldados, los comandantes Miranda y D. Manuel Gomez, y prisioneros, en poder de sus contrarios, á D. José Fandiño y á su hermano D. Manuel.

El presidente sustituto D. Miguel Miramon, después de haber dejado una fuerte guarnición en Colima, de cuya plaza le vimos apoderarse y de vencer á sus contrarios en diversos encuentros, se dirigió á la capital de la república, á donde llegó el 7 de Enero, con ánimo de disponer un cuerpo respetable para ir á sitiar Veracruz.

Desde que se firmó por el gobierno de Juarez y el enviado norte-americano el tratado Mac-Lane, la prensa conservadora había tomado para tema de todos sus artículos, presentar á Méjico corriendo un peligro inminente en su independencia y amenazada de muerte la religión católica. Respecto de este último punto, la falta de tacto y la imprudencia de algunos jefes liberales daba lugar á que los pueblos se alarmasen temiendo que se hiciese desaparecer el culto católico. En vano la prensa liberal levantaba la voz protestando que el partido progresista era más católico que el conservador; el pueblo, para quien los hechos prácticos son los que



encierran más grados de sublime elocuencia que todas la arrobadoras teorías que en los libros puedan derramar en contra los más esclarecidos autores, veía la conducta que varios jefes progresistas observaban, y de premisas particulares deduciendo conclusiones generales y absolutas, adquirirían la convicción de que el catolicismo estaba amenazado. Un hecho realizado en aquellos días en Durango por D. Jesús González Ortega, vino á dar fuerza y consistencia á los temores del pueblo. Aun permanecía viva y fresca en la memoria de éste el recuerdo de la estracción de la plata y del bantisterio de la parroquia de Zacatecas verificada por aquel, cuando se repitió un acto análogo, llevado á cabo por el mismo Ortega en la catedral de Durango, á donde se había retirado, como hemos visto, al verse precisado á abandonar Zacatecas. En la noche del día 6 de Enero, mandó una fuerza de tropa armada para que extragese toda la plata y alhajas que existían en la catedral. Los enviados cumplieron exactamente con la orden recibida; pero no encontrando algunos objetos de valor que estaban guardados, y que no los quiso entregar el canónigo Gallegos, fué reducido éste á prisión y llevado á la presencia de Ortega. Al siguiente día volvió la fuerza á la catedral para apoderarse de lo que aun no se había extraído la noche anterior, lo cual se verificó escrupulosamente. Las cartas escritas en la misma ciudad de Durango en aquellos días, refirieron menudamente lo acaecido. Por ellas se supo que el despojo de la catedral había sido completo. Se calculó que lo extraído importaba más de ciento ochenta mil duros, pues la sola araña de plata, regaló de mine-

ros españoles, había importado, á principios del presente siglo, *ciento treinta mil duros*.

1860. La Iglesia de Durango tenía además perdidos en aquellos días más de trescientos mil duros, pues González Ortega obligó á muchos individuos que reconocían capitales ú obras pías, á que, por suma muy inferior, redimiesen éstos, y se citaba persona que, por treinta mil pesos compró ciento cuarenta mil que reconocía á la catedral. «El desmayo ó malestar,» decía una carta escrita en Durango, «que semejantes acontecimientos han infundido en las corazonas de los duranguenses, es general. Nadie se ve sino abatido y admirado de ver cómo ha sucedido tal cosa. La generalidad del cabildo (empezando por nuestro Ilmo. prelado,) ha tenido que desaparecer de la escena, temerosos de que les fuera á suceder lo que al señor Gallegos. ¡Ay, amigo mío, es muy triste la situación que guardamos!»

Cierto es que D. Jesús González Ortega había extraído la plata y alhajas de la catedral de Durango para hacerse de recursos y pagar á su tropa; pero ¿no podía haberse hecho de aquellos recursos sin haber herido el sentimiento religioso del pueblo? Todo lo que pudo sacar de lo extraído de la catedral, después de fundir la plata, no pasó de ochenta mil duros, siendo así que la catedral perdió ciento ochenta mil. Refiero el hecho; no lo comento; dejando á la consideración de cada lector, si la cantidad adquirida era ó no preferible á las consecuencias del disgusto que la providencia causó en el ánimo de los católicos, esto es, en los habitantes de todo el país en general.



El día 9 de Enero, después de haber fundido la plata de la catedral y de imponer á la población un fuerte empréstito, salió D. Jesús González Ortega de la ciudad, al frente de su división, con objeto de operar sobre las tropas conservadoras que guarnecían Zacatecas. El general Patoni quedó en Durango con doscientos hombres de infantería de guardia nacional, y cosa de sesenta de caballería pertenecientes al coronel Calvo.

Por su parte el guerrillero D. Antonio Rojas amagaba con su fuerza varias poblaciones del departamento de Zacatecas. Entre ellas se encontraba la villa de San Juan del Teul, y el pueblo de la Estanzuela que, como aquella, pertenecía al partido de Tlaltenango, en el referido departamento de Zacatecas. Rojas atacó la villa de San Juan del Teul, los días 26 y 27 de Enero. Los vecinos de la población, en número de trescientos, se defendieron heroicamente; pero siendo imposible resistir á la superioridad numérica de sus contrarios, sucumbieron al fin. Todos los que quedaron con vida, fueron hechos prisioneros. Por desgracia de éstos, su suerte se hallaba en manos de un hombre de instintos poco humanitarios, y ciento sesenta de ellos fueron fusilados. Los excesos cometidos por Rojas en la población, se resiste la pluma á relatarlos. Baste decir que ellos y las repetidas crueldades cometidas con todos los contrarios que caían en su poder, han hecho tristemente célebre su nombre en toda la república.

1860. Pocos días después de la toma de la villa de San Juan del Teul, Rojas se dirigió á otras poblaciones, así como el general D. Jesús Gon-

zález Ortega que, como he dicho, salió de Durango con rumbo á Zacatecas, se encontraba amagando esta última ciudad, capital del Estado, á principios de Febrero. Pero esto no alarmaba al gobierno conservador que se creía fuerte por aquel rumbo. El pensamiento de Miramon estaba fijo en Veracruz, cuya toma juzgaba como el triunfo definitivo de la causa conservadora. Firme en esta creencia, y deseando aprovechar la buena estación para dirigirse á la mortífera costa, trabajó con infatigable afán en equipar y abastecer de todo lo necesario á las tropas que debían hacer la guerra en ella. Dispuestas una vez las tropas para la penosa campaña de Veracruz, hizo que las divisiones se pusieran en camino, y el día 8 de Febrero salió él de la capital, para dirigir las operaciones militares sobre la plaza, dejando autorizado al gabinete para el despacho de los negocios durante su ausencia.

El día anterior á su salida, esto es, el 7 de Febrero, el general constitucionalista Alatríste había sido derrotado en Acopinalco, así como pocos días antes lo había sido D. Antonio Carbajal. Otra acción, contraria también para las armas liberales, fué la verificada en el punto llamado los Cajones de San Gerónimo. En este sitio se habían emboscado algunas fuerzas conservadoras del general Medina, y el resto, con cuatro piezas de artillería, se situaron en la hacienda de San Sebastián, al saber que los jefes constitucionalistas Ogazon, Rochin, Rojas y Medellín se dirigían con 2.700 hombres para Zapotlan. A las nueve de la noche llegaron estos, llenos de confianza, pues se les había hecho creer que las tropas conservadoras se habían retirado á Guadalajara, al paso estrecho de los Cajones. Los conservadores hicieron un fuego mortífero sobre sus contra-



rios; y estos, sorprendidos y sin saber el número de enemigos que encima tenían, empezaron á defenderse, pero sin tener tiempo para ordenar sus batallones. Una hora duró la acción, al cabo de la cual los liberales se vieron precisados á retirarse, dejando en poder de sus contrarios, cinco piezas de artillería y ochocientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Por fortuna no se derramó sangre ninguna después del combate, pues fué respetada la vida de los últimos.

Las diversas divisiones conservadoras que se dirigían sobre Veracruz, ascendían á siete mil hombres. Aquel puerto era el fuerte baluarte de los constitucionalistas, y Miramon marchaba con la confianza de rendirlo. La combinación para conseguir su objeto estaba perfectamente arreglada. El almirante de la marina mejicana Don Tomás Marin, experto y valiente marino, había

1860. marchado á la Habana, con el fin de com-  
Febrero prar, á particulares, dos vapores que quitasen á Veracruz todos los recursos por la mar, bloqueando el puerto. Casualmente me hallaba yo en la Habana cuando el general Marin se ocupaba de la compra de ellos con el objeto de armarlos en guerra al acercarse á Veracruz, y á los pocos días logró comprar los dos vapores, llamado uno «Marqués de la Habana,» y el otro á quien él puso el nombre de «General Miramon.»

El ejército conservador avanzaba hacia Veracruz, conducido por entendidos generales, y venciendo los obstáculos que sus contrarios le presentaban en su marcha. El mayor, el más sério de esos obstáculos, puestos por los constitucionalistas á los conservadores, fué el de la Barranca de Jamapa. En este formidable punto se colocaron las tropas liberales á disputar el paso á sus

contrarios; la lucha fué terrible; pero al fin el general conservador D. Miguel Negrete que mandaba la división que marchaba por aquel punto, logró tomarlo, obligando á los liberales á retirarse con dirección á Veracruz.

Mientras el general y presidente interino D. Miguel Miramon avanzaba hacia la plaza en que Juarez tenía su gobierno, varios jefes constitucionalistas que sostenían la guerra en diversos Estados, reunían sus fuerzas para atacar algunas plazas que no contaban con fuertes guarniciones ni podían esperar auxilios. La división que mandaba D. Jesús González Ortega, á la cual se había unido Rojas con su gente, amagaban, el 10 de Febrero, la ciudad de Zacatecas: Oajaca, defendida por Don Marcelino Cobos, que era el gobernador y comandante general del Estado, se encontraba de continuo combatida por las fuerzas que militaban á las órdenes del general D. Vicente Rosas Landa: los mismos jefes Ortega y Rojas ocuparon el 13 á Zacatecas, saliendo de ella después de haber impuesto un empréstito de 30,000 duros; y el segundo entró á los pocos días en Aguascalientes, cuya plaza había evacuado, á su aproximación, la fuerza conservadora que la guarnecía.

Por su parte los generales y jefes conservadores, que por el mismo rumbo se encontraban, no permanecían ociosos, y al saber la ocupación de cualquier punto, acudían á él para recobrarlo, dando por resultado que una misma población se encontrase un día por los constitucionalistas y otro por los conservadores, sufriendo sus habitantes las terribles consecuencias de esa inestabilidad en unos y en otros.